


**ANA LAURA
MAGALONI**


El reto para la Presidenta es reducir lo más pronto posible la alta incertidumbre judicial en litigios no relevantes en términos políticos.

La caja negra

La nueva Ley de Amparo es producto de la inercia de un proceso político que comenzó hace siete años. Desde el inicio de su gobierno, López Obrador se enfrentó a cientos de procesos judiciales en contra de casi todos sus proyectos emblemáticos. A falta de un Congreso plural, la “resistencia” de quienes no estaban de acuerdo o les afectaban las decisiones de AMLO fue principalmente jurisdiccional: el Tren Maya, Dos Bocas, el aeropuerto, Guardia Nacional, los miles de asuntos fiscales, Pemex, la prisión preventiva oficiosa, la Ley de la Industria Eléctrica, el acceso a medicamentos, los libros de texto y un largo etcétera. En todos esos temas hubo jueces que, al menos por un tiempo, dijeron “no”. Y ese “no” fue interpretado por AMLO como un exceso de sus opositores y no como un límite del árbitro.

La justicia constitucional (y no el Congreso) fue la cancha del juego en donde se disputaron algunos de los conflictos políticos más importantes del sexenio pasado. Quizá uno de los momentos más álgidos fue cuando Morena, al no tener los votos para una reforma constitucional, aprobó la reforma del INE en forma de ley. El PRI, PAN y MC promovieron una acción de inconstitucionalidad y la Corte suspendió la reforma con efectos generales. Esto último estaba prohibido por la Constitución. Sin embargo, gracias a que lo hizo

la Corte, se frenó el despido de los funcionarios de carrera del INE, lo cual hubiera dificultado la organización de la elección del 2024. Durante el sexenio anterior, hubo muchos otros episodios así de delicados. La Corte caminó al filo del precipicio hasta el último día del sexenio de AMLO.

Pero ese momento ya terminó. A la presidenta Sheinbaum le toca lidiar con problemas completamente distintos. Gracias a la elección judicial, todas las cabezas del Poder Judicial federal son personas afines a ella y a su partido. Esas cabezas garantizan que sea muy poco probable que la Presidenta pierda los casos que estime relevantes. La maquinaria judicial no va a ser un impedimento para la ejecución de su proyecto de país como sí lo fue para AMLO. El “choque de trenes”, por decirlo de algún modo, ya no es su desafío con los tribunales. Su reto es otro y mucho más complejo: reducir lo más rápido posible la alta incertidumbre judicial que hoy existe en el resto de los litigios que no son relevantes en términos políticos.

La inmensa mayoría de los casos del sistema de justicia mexicano no tiene ninguna relevancia política; muchos de ellos son conflictos de la esfera privada de las personas: su familia, su trabajo, su empresa, su patrimonio. La elección judicial ha hecho ahora de esta justicia una caja negra. Las personas y las em-

presas que hoy tienen asuntos en algún tribunal no pueden calcular ni el tiempo ni el posible resultado. El reemplazo masivo de personas juzgadoras ha desorganizado la maquinaria. Todos los casos van más lento; tomará algún tiempo para que se reorganice la burocracia judicial. Además, nadie sabe, ni siquiera quienes armaron los acordeones, cómo van a ejercer su cargo las nuevas personas juzgadoras en todos aquellos casos que no son relevantes en términos políticos. La “caja negra” de la justicia, y no el “choque de trenes”, debería ser el problema a gestionar y priorizar para Sheinbaum.

Por eso me sorprende que, en este escenario, la Presidenta gaste capital político en reformar la Ley de Amparo. Con o sin reforma, el Poder Judicial federal ya perdió mucha de su capacidad real de ser contrapeso. ¿Para qué echarle limón a la herida de la indefensión que de por sí deja la reforma judicial? Muchísimo más importante para la Presidenta debería ser su proyecto de digitalización: plataformas tecnológicas, sistemas, inteligencia artificial. Esa es la ruta más rápida y efectiva para generar la predictibilidad que tanto necesita el nuevo sistema de justicia.

Sin embargo, la fuerza de la inercia del conflicto y la polarización parece ser más potente que la mirada serena de una estrategia real de futuro para México.